

LOS ENREDOS DE LAS PERSONAS Y LAS COSAS EN CERRO DE ORO, PERÚ

Francesca Fernandini Parodi^a

Resumen

Las personas y las cosas se unen en mezclas heterogéneas que a lo largo del tiempo van construyendo un mundo material en constante necesidad de mantenimiento y sostenimiento. La satisfacción de estas necesidades va enredando y entramando a los seres humanos, creando un mundo material que es dependiente de una serie de prácticas materiales, que a su vez van generando más dependencias mientras los hilos que conectan a las personas y a las cosas se vuelven más variados y amplios. Este trabajo propone explorar los hilos que conectan a las personas, cosas, edificios y espacios en Cerro de Oro, un asentamiento prehispánico ubicado en el valle bajo de Cañete, con la intención de delinear los enredos que caracterizan su mundo material y social.

Palabras clave: entanglement, prácticas materiales, espacio, cosas, enredos

Abstract

THE ENTANGLEMENTS OF PEOPLE AND THINGS IN CERRO DE ORO, PERÚ

People and things are entangled in heterogeneous blends that over time design a material world that is in constant need of maintenance and sustenance. The satisfaction of these needs entangles and entraps human beings, creating a material world that is dependent on a series of material practices that in turn generate more dependencies, as the threads that connect people and things become more varied and wide. This work proposes to explore the threads that connect people, things, buildings and spaces at Cerro de Oro, a pre-Hispanic settlement located in the lower Cañete valley, with the objective of exploring the threads that characterize its social and material world.

Keywords: entanglement, material practices, space, things

1. Introducción

Las prácticas materiales acompañan las actividades de la gente en cada momento del día; mientras estas se mueven, comen, trabajan, juegan, entre otras. Estas prácticas se encuentran inherentemente entrelazadas con las cosas involucradas en su performance. Las cosas unen a las personas y a otras cosas, estableciendo relaciones inextricables entre cosas y las prácticas materiales que las constituyen. Dentro de las prácticas de producción, intercambio, uso, consumo y desecho, hay una serie de ensamblajes de cosas que van desde objetos hasta instituciones, lugares, personas, grupos sociales, reglas, metáforas, rituales y abstracciones que se mantienen unidas por los flujos de energía, materia e información (Hodder 2012). En este sentido, la vida de las personas está siempre

^a Pontificia Universidad Católica del Perú
Correo electrónico: ffernandini@pucp.pe





Figura 1. Vista de Cerro de Oro con relación al océano Pacífico y tierras agrícolas (Fuente: Google Earth, adaptación de Ema Perea).

mezclándose con la de las cosas, formando espacios de interacción híbridos (Olsen 2010) que van formando una cohabitación enredada, donde los humanos y las cosas están continuamente entrelazándose (Merleau-Ponty 1962).

Bajo esta perspectiva, las personas y las cosas se unen en mezclas heterogéneas que a lo largo del tiempo van dibujando un mundo material en constante necesidad de mantenimiento y sostenimiento. A lo largo del tiempo, la satisfacción de estas necesidades va enredando y entrapando a los seres humanos, creando un mundo material que es dependiente de una serie de prácticas materiales, que a su vez, van generando más dependencias mientras los hilos que conectan a las personas y a las cosas se vuelven más variados y amplios. La manera en que los senderos que configuran las circunstancias históricas y limitan la intencionalidad humana se van enredando, se puede entender a través del concepto del *entanglement*¹, el cual traduciré como *enredo*.

Para desarrollar este concepto utilizaré los hilos que conectan a las personas, cosas, edificios y espacios en Cerro de Oro para delinear el mundo material-social de Cerro de Oro. Cerro de Oro es un asentamiento prehispánico ubicado en el valle bajo de Cañete, sobre un promontorio desde el cual se observa el océano Pacífico, así como los campos de cultivo circundantes (Fig. 1). Desde el 500 d.C. el sitio fue habitado por un grupo pequeño de personas que ocupó principalmente el centro y el sector SE del promontorio. Hacia el 550 d.C. esta población creció considerablemente, y convirtió este promontorio en un asentamiento urbano con complejos residenciales, áreas ceremoniales, cementerios, caminos y canales ocupando así toda su superficie. Esta población utilizó el sitio hasta el 850 d.C., cuando el sitio fue abandonado a través de un complejo proceso de desmontaje de muros, creación de rellenos rituales de abandono y la disposición de tumbas en las bases de las paredes (Fernandini 2015; Fernandini y Ruales 2017). Utilizando el teoría de los *enredos* como marco teórico, se seleccionarán tres «cosas» obtenidas de las excavaciones realizadas en Cerro de Oro², para analizar las dependencias e interconexiones con las que se van enredando, para así seguir los hilos que entrelazan a estos objetos dentro de la trayectoria histórica del sitio.

«Cosa» es un término increíblemente vasto, se puede referir a una gran variedad de cosas —nubes, pianos, pensamientos, relojes, sonidos, cuerpos, moléculas, instituciones, partidos de fútbol—, así como para elementos que llenan nuestro día a día (Hodder 2012). Es interesante

anotar que en algunas lenguas prehispánicas tales como el quechua o el aimara, el concepto de «cosa» como elemento independiente se encuentra ausente. La noción de «cosa» en estas lenguas existe siempre en relación con otras cosas, personas o prácticas. Por ejemplo, en el quechua *ima* estaría relacionado con la pregunta ¿qué cosa?, mientras que *suk'a* se refiere a poner las cosas en orden, *astana* para describir las cosas que se mueven, *wijchuna* para las que pueden ser desechadas. Según Cerrón Palomino (2010) y Beresford-Jones (2010), los idiomas indígenas pueden ser utilizados como referentes para entender como la gente se refería a las «cosas», lo cual nos lleva a proponer que en los Andes las personas parecen haberse conceptualizado a sí mismos a través de sus relaciones. Asimismo, Laguens y Paz Sarelli (2011; Laguens 2014) proponen que las cosas solo existen insertas dentro de una trama de relaciones donde no pueden ser aisladas de su presencia en distintas prácticas materiales. Tomando esta perspectiva relacional, propongo concentrarnos en las cosas —edificios, fragmentos, ropa, comida e incluso imágenes que integran la vida diaria de las personas—.

En Cerro de Oro, los restos y fragmentos de muchas de las «cosas» usadas en el día a día se han preservado en su contexto arqueológico. Algunos de estos fragmentos aparecen en lugares de descarte, mientras que otros se encuentran insertos dentro de los mismos espacios donde fueron utilizados. Se propone tomar tres cosas y explorarlas dentro de sus contextos sociales de producción, uso y desecho. En algún momento los hilos de cada una de estas cosas se enredarán, dándonos una imagen de los enredos entre humanos y cosas que caracterizaron la vida en Cerro de Oro. Las cosas son: un edificio monumental alrededor del cual se organiza el asentamiento urbano de Cerro de Oro; el maíz, uno de los productos alimenticios más recurrentes en el registro arqueológico; y la cerámica, centrada en tres tipos de vasijas que representan contextos de uso domésticos, rituales y ceremoniales.

2. Primera cosa: edificio ceremonial

La primera cosa que elegiremos es un edificio monumental (Figs. 2a y b). Este se encuentra ubicado en el centro del asentamiento. Este edificio es la construcción más grande dentro de Cerro de Oro. Mide 87 por 132 metros. Sus paredes sobrepasan los 8 metros, llegando a medir hasta 10 metros de alto, y estuvieron pintadas en blanco y rosado en el pasado. La función de este edificio es aún incierta; sin embargo, debido a su gran tamaño es posible proponer que este pudo haber albergado las reuniones de toda la población de Cerro de Oro. Igualmente, es interesante que las paredes de este edificio monumental estén encerrando el único afloramiento rocoso del sitio. Este se ubica al norte del recinto y genera un espacio elevado que pudo ser aprovechado para dar mayor visibilidad a la persona o personas que se ubiquen sobre estas rocas. Debido a sus grandes dimensiones y ubicación se propone que la construcción de este edificio y su posterior presencia en el paisaje generó una serie de nuevas disposiciones que alteraron la vida de las personas de Cerro de Oro. Para entender este proceso, nos centraremos en lo que sucedió antes y durante la construcción de este edificio.

Entre los años 500-550 d.C., previo a la construcción del edificio, se edificaron pequeñas estructuras domésticas en el mismo espacio. Se cree que estas pertenecieron a una población pequeña. Estas construcciones han sido afectadas por la construcción del edificio monumental, que cubrió y selló esta construcción previa.

Las personas que vivían allí tuvieron que mudarse, posiblemente a otras zonas del sitio desarrolladas como espacios residenciales. Una vez que la gente deja estos espacios, se elabora un sello de adobes y tierra. En este sello se enterró un feto, clausurando esta ocupación temprana, e inaugurando el espacio donde más adelante estaría la esquina SE del edificio monumental. La práctica de colocar fetos en la base de las construcciones (especialmente las esquinas) fue generalizada en los Andes prehispánicos (Verano 1991 [1995]; Blom y Janusek 2004; Fernandini 2008). Por lo tanto, antes de construir el edificio más grande de Cerro de Oro, los habitantes realizaron una práctica inherentemente andina, que conecta el proceso de construcción de un edificio monumental con

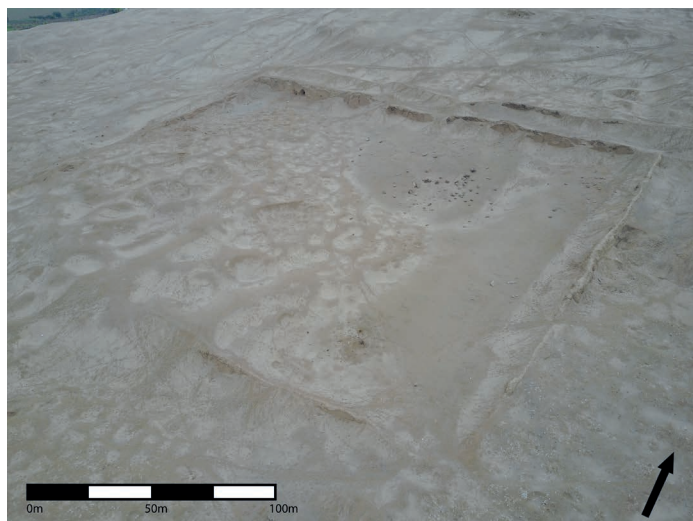


Figura 2a. Vista aérea de edificio monumental ubicado en la zona central de Cerro de Oro. (Foto: Proyecto Arqueológico Cerro de Oro).



Figura 2b. Pared de edificio monumental, presenta entierros posteriores adosados. (Foto: Proyecto Arqueológico Cerro de Oro).

una práctica generalizada. Esta práctica parece haber estado relacionada con la apropiación del espacio, tal vez aumentando la centralidad de este escenario dentro del asentamiento (McAnanay 1998). En cualquier caso, esta ofrenda ritual podría estar estableciendo una relación dialéctica entre el edificio, la gente del edificio y la familia a la que perteneció este individuo perinatal, enredando así la práctica de la construcción dentro de un conjunto de relaciones sociales complejas.

Pasando al proceso de construcción propiamente dicho, una idea general del plano del monumento se necesitaba antes de la construcción. Para esto se debió marcar en el suelo la disposición de las paredes. Una vez marcadas, la construcción pudo empezar. Los cimientos fueron preparados

con barro y material orgánico. Sobre esta base se construyeron paredes de entre 7-10 metros de altura, dependiendo de la topografía del terreno. La construcción de estas paredes involucró el uso de miles de adobes. La producción de adobes requiere el uso de barro, arena limpia, paja y agua. Se requiere de un espacio donde se pueda mezclar los ingredientes para producir el adobe y luego dejarlo secar por aproximadamente dos a tres semanas. Una vez listos, los adobes fueron dispuestos a sogas y tizón para construir las paredes. Estas paredes fueron luego cubiertas por un enlucido de barro y pintadas en blanco y rosado.

Habiendo cubierto el proceso mediante el cual se produjo el edificio ahora incluyamos a las personas. Basándonos en fechados radiocarbónicos y en datos estratigráficos, se propone que previo a la construcción de este edificio las personas de Cerro de Oro solo habían vivido en el sitio por aproximadamente 50 años. Estos primeros pobladores se establecieron en casas de adobe en distintas partes del sitio. Sin embargo, por alguna razón estas construcciones fueron abandonadas y selladas mediante un evento de tapado y quema. Sobre este sello se construyeron una serie de construcciones más amplias, siempre enmarcadas por muros perimetrales que van desde 3 hasta 10 metros de altura. Asimismo, parece que esta nueva distribución espacial estuvo asociada con un incremento en la población de Cerro de Oro.

Cerro de Oro se encuentra a 13 kilómetros del río, rodeado por amplios terrenos llanos, actualmente utilizados como terreno de cultivo. Como se ha propuesto antes, la autora considera que el incremento en la población de Cerro de Oro estuvo asociado a una eficiente implementación de un sistema de irrigación que permitió explotar las llanuras a su alrededor y que abasteció de agua al sitio (Fernandini 2017, 2018). Evidencias de acequias que suben hasta la ladera media del sitio han sido registradas en la zona SE, mientras que la abundancia de recursos orgánicos registrados en el sitio apoya la propuesta de una eficiente explotación agrícola.

Otro dato importante para tener en mente es la contemporaneidad del inicio de la ocupación en Cerro de Oro y los constantes fenómenos climáticos ocurridos entre 500-650 d.C. (Thompson *et al.* 1985; Craig y Shimada 1986; Shimada *et al.* 1991; Kaulicke 1993; Abbott *et al.* 1997; Binford *et al.* 1997; Mogrovejo y Makowski 1999; Franco y Paredes 2000; Mac Kay y Santa Cruz 2000; Mogrovejo y Segura 2000; Dillehay 2001; Magilligan y Goldstein 2001; Moy *et al.* 2002; Mauricio 2014). Registros actuales sobre áreas vulnerables a inundaciones han revelado que el espacio que ocupa Cerro de Oro es uno de los más secos en caso de inundaciones y/o huaycos (INDECI 2008; Fernandini 2018).

Si unimos entonces nuestros datos, tenemos que hacia el 600 d.C. se registran una serie de fenómenos climáticos, en Cerro de Oro se incrementa la población y se cambia la distribución espacial del sitio promoviendo la construcción de más espacios cerrados y controlados, y se expande el sistema de irrigación para garantizar agua y agricultura a los pobladores de Cerro de Oro (Fernandini 2018). Este escenario nos genera múltiples interrogantes nuevas: ¿el cambio hacia espacios privados, con visibilidad limitada y circulación controlada, se asocia con la llegada de nuevos grupos de personas al sitio? ¿Se mudan estas personas a causa de los cambios climáticos?

Las respuestas a estas preguntas están siendo exploradas por la autora, sin embargo lo que sí sabemos es que se hicieron adobes, estos se convirtieron en paredes que se enlucieron y pintaron utilizando grandes cantidades de personas/hora para realizarlo. Cálculos realizados por el Proyecto Arqueológico Cerro de Oro arrojan que si 100 personas estuvieron involucradas en la construcción de este edificio a tiempo completo, este se pudo haber construido en dos años. Esto sin considerar que hubieron otros dos edificios monumentales al lado, así como decenas de complejos arquitectónicos más pequeños a su alrededor, los cuales parecen haber sido construidos de manera contemporánea.

Siguiendo con el edificio monumental, propongo que la construcción de un gran edificio con capacidad para reunir a miles de personas dentro debe haber alterado la vida de los habitantes de Cerro de Oro, tanto durante su construcción como después de terminado. Este nuevo edificio aparece de la mano de una gran remodelación en todo el sitio, con un claro aumento en la cantidad

de la población. Excavaciones recientes han revelado la presencia de espacios de uso común asociados a grupos de complejos residenciales. Estos espacios comunales presentan evidencias de producción de cerámica, almacenamiento, procesamiento y producción de alimentos, desecho masivo y posiblemente trabajo en metales. Esta disposición parece haber privilegiado una vida privada centrada en familias extendidas o grupos vinculados socialmente, con pocos espacios de reunión casual, poca visibilidad de personas haciendo sus actividades del día a día, y grandes espacios utilizados para reuniones posiblemente formales. El proceso mismo de la construcción del nuevo Cerro de Oro parece haber generado una serie de consecuencias no intencionales cuyas repercusiones derivaron en una vida controlada y dirigida a través de un paisaje altamente construido y segregado. Es decir que mientras que la gente construía un nuevo paisaje, el proceso produjo nuevos escenarios sociales que se insertaron dentro la nueva configuración espacial.

La descripción que acabamos de hacer nos muestra que la construcción de un edificio monumental, y de todo el sitio para tal caso, es un proceso multiescala que directa o indirectamente afectó a miembros de la población de Cerro de Oro. La autora propone que en este proceso de construcción se construyó a su vez una comunidad; una comunidad que fue producida y reproducida en la intersección de prácticas de construcción y negociación de significados sociales. Es decir que las prácticas materiales y sociales de construcción encajan con las diferentes escalas de negociación que caracterizan a toda sociedad.

3. Segunda cosa: maíz

Los hilos que se enredan detrás del proceso de construcción de un edificio monumental nos llevan a pensar en las particularidades y necesidades que las personas tuvieron durante la construcción de este y otros edificios. Mientras se construye un edificio la vida diaria continúa y la gente sigue necesitando alimentarse. Las excavaciones nos indican que la dieta estuvo principalmente basada en maíz, frijoles, pallares, así como en moluscos, principalmente *Mesodesma donacium*, *Donax ubesulus*, *Aulacomya ater* y *Choromytilus chorus* los cuales fueron adquiridos mediante una recolección sistemática y planificada. El hecho de estar construyendo no podía detener los procesos agrícolas, el campo debía ser preparado, las semillas plantadas, la cosecha cuidada y recolectada. Tanto los productos agrícolas como los moluscos parecen haber ingresado directamente a espacios de procesamiento y preparación de alimentos.

Definitivamente el producto más conspicuo en el registro arqueológico orgánico es el maíz. Haciéndole un seguimiento a los distintos espacios y contextos donde se encontró maíz nos revela una gran variabilidad en su uso. Nuestro análisis ha tomado dos áreas dentro del Sector SE del sitio, La Planicie y La Quebrada (Fig. 3a y b), para realizar un análisis comparativo que muestra los distintos contextos donde se registró el maíz. La planicie se caracteriza por complejos residenciales encerrados por muros perimetrales. Dentro de estos complejos hemos registrado espacios de almacenamiento, consumo, reunión y otras actividades domésticas excluyendo el procesamiento o preparación de alimentos. En La Quebrada hemos encontrado exclusivamente áreas de procesamiento, preparación de alimentos y espacios dedicados exclusivamente al desecho a lo largo de cientos de años. Asimismo, La Quebrada presenta un claro contexto de clausura ritual en el cual se registraron grandes cantidades de elementos orgánicos.

Para esta comparación hemos elegido dos contextos de La Planicie y dos de La Quebrada. Los dos contextos de La Planicie se encuentran en el cuarto B ubicado dentro de un complejo residencial amplio. El Cuarto B estuvo dividido en una zona techada (Zona Oeste) y otra sin techar (Zona Este). Para La Quebrada tenemos una zona de quema consecutiva (Quebrada 1) y un contexto de clausura (Quebrada 2). La Zona Oeste, que ha sido interpretada como una zona de depósito de alimentos, reveló grandes cantidades de maíz sin consumir. La zona sin techar registró restos de maíz consumido dentro de espacios de quema, recurrentes en distintas capas, que contiene



Figura 3a. Vista aérea de Cerro de Oro que muestra sector SE (Planicie y Quebrada) (Foto: Proyecto Arqueológico Cerro de Oro).



Figura 3b. Vista aérea que muestra detalle del sector sureste (Planicie y Quebrada) (Foto: Proyecto Arqueológico Cerro de Oro).

evidencias de festines asociados a cambios en la arquitectura del complejo residencial. El área de quema de La Quebrada presentó restos asociados al maíz como hojas de panca, flores, raíces, etc. Finalmente, la clausura ritual registró grandes cantidades de maíz sin consumir y consumido. Esos datos pueden observarse en la siguiente tabla.

Tabla 1. Comparación de restos orgánicos según su contexto de excavación

Descripción	Área de quema Quebrada 1	Relleno de clausura Quebrada 2	Zona este, Cuarto B, Planicie	Zona oeste, Cuarto B, Planicie
Fragmentos de mate	2	60	28	79
Coronta de maíz		119	27	111
Semilla de maíz			204	7
Tallo de maíz	69	17	6	2
Hoja de maíz		16	1	
Flor de maíz	1	1	11	
Raíz de maíz		14	1	
Bráctea de maíz			2	
Pallar		60		32
Vaina de pallar				2
Semilla de lúcuma	1	3		19
Semilla de «pallar de los gentiles»				9
Bráctea de «pallar de los gentiles»				1
Semilla de frejol			1	24
Bráctea de frejol			14	67
Tallo de frejol			5	
Camote			3	3
Yuca				1
Semilla de calabaza		1		
Tallo de calabaza				
Bráctea de pacaecae			9	
Semilla de pacaecae		22		2
<i>Sacha inchi</i>	4	1		
<i>Ricinus</i>		1		
Guayaba				1
Tara	3			
Semilla de achira				1
Hoja de achira	1			
Rizoma de achira				
Agave		14		
Tatora	1			
Rama de guayaba			30	
Tallo de huarango	13			
Espina de huarango				2
Tallo de totora			3	
Bráctea de algodón				15
Semilla de algodón	8	73	1	7
Fibra de algodón	12	133	2	54
Carbón		116	57	85
Tallo de dicotiledonea	73			
Carbón de dicotiledonea	729	127		
Tallo de poaceae		22		
Fruta de poaceae	61			
Hoja de poaceae	29		Ca	
Caña de poaceae (carrizo)		33		
Hoja de monocotiledonea		8		
Raíz NN		7		
Ramas NN			43	
Tallos NN			72	
Total	1007	848	520	524

Estas distinciones en la evidencia botánica pueden ser observadas en la Tabla 1 y han sido asociadas con las distintas actividades que se llevaron a cabo en estos espacios. Si nos concentramos directamente en el maíz podemos ver que luego de ser cosechado este ingresa directamente a La Quebrada, en este caso al espacio Quebrada 1. En este contexto se le remueven las hojas, tallos y raíces. Estos restos son descartados en un fogón rectangular, junto con las hojas, tallos y raíces de otros productos agrícolas. Los choclos son llevados a La Planicie, a ser utilizados por los habitantes de los complejos residenciales, donde, según la evidencia del Cuarto B, fueron almacenados y/o consumidos. El consumo de maíz parece haber sido conspicuo en diferentes contextos, sin embargo, el registro de grandes cantidades de maíz en la Zona Este dentro de un contexto de quema que divide los pisos de ocupación de dos fases distintas, nos lleva a proponer que en esa ocasión el maíz pudo haber formado parte esencial de una comida o banquete de clausura y renovación. Este contexto muestra que el maíz fue consumido directamente de la coronta, luego de haber sido sancochado. Hasta el momento no se ha registrado evidencia de preparación de chicha de maíz en Cerro de Oro, sin embargo su presencia dentro de este tipo de celebraciones ha sido documentada ostensiblemente (Moseley *et al.* 2005, Nash *et al.* 2005; Jennings 2008; Jennings y Bowser 2008; Hackner *et al.* 2012).

Otro contexto donde se ha registrado grandes cantidades de maíz (así como otros productos) se registró en la Quebrada 2. Quebrada 2 fue un relleno de clausura compuesto por grandes cantidades de material orgánico, miles de fragmentos de textiles y cerámica, y adobes fragmentados. El cuerpo de un individuo parcialmente completo fue hallado en este relleno. Dentro de este contexto, los productos más recurrentes fueron maíz, algodón y carbón. Es posible que estos productos, particularmente el maíz y el algodón, hayan sido extraídos de depósitos, como el registrado en la Zona Oeste, para ser utilizados como parte de esta práctica. Se cree que esta práctica de clausura se realizó como parte del proceso de abandono del sitio ya que contextos similares han sido registrados en La Planicie, así como en las excavaciones de Ruales en el sector suroeste del sitio (Ruales 2001). Todos estos contextos de clausura parecen haber seguido un mismo patrón, el cual incluyó el «consumo» de grandes cantidades de comida, particularmente maíz (Fernandini y Ruales 2017). Mientras que las razones detrás del abandono son difíciles de entender a partir del registro arqueológico, los eventos de clausura revelan un proceso planificado que resulta familiar a los procesos de abandono registrados en la costa central (Mogrovejo y Segura 2000; Flores 2001).

En suma, los contextos de procesamiento de comida de la Quebrada 1, el banquete registrado en la Zona Este, el contexto de almacenamiento en la Zona Oeste y finalmente el relleno de clausura registrado en la Quebrada 2, muestran la ubicuidad del maíz y su importancia dentro de distintos escenarios. Estos escenarios van de lo ritual a lo doméstico, revelando la relevancia de este cultivo. Asimismo, seguir el trazo del maíz dentro de Cerro de Oro nos vincula con el amplio rango de prácticas que caracterizan la vida cotidiana, de las actividades diarias a los eventos extraordinarios.

4. Tercera cosa: El repertorio cerámico

La atención prestada a la comida, y en particular al maíz, nos lleva a los recipientes donde esta comida era cocinada, almacenada, servida y comida. Excepto por el uso ocasional de calabazas, estos recipientes eran principalmente de cerámica. Manteniendo la perspectiva comparativa entre La Planicie y La Quebrada se obtiene que existió una diferencia marcada en los tipos de cerámica registrada en cada área. Mientras que en La Quebrada se registraron una importante cantidad de ollas, estas estuvieron prácticamente ausentes de los contextos de La Planicie. Las ollas fueron utilizadas para cocinar a fuego abierto, o insertas dentro de hornos redondos, coloquialmente referidos como «pachamanqueras», por lo que presentan hollín en sus bases y paredes. El análisis detallado de estas ollas ha revelado que estas fueron hechas a través de la técnica del enrollado, mientras que el resto de vasijas fueron manufacturadas a través de la técnica del modelado. Las ollas tienen paredes

gruesas (0,8 a 1,3 centímetros), pastas toscas con más del 50% de inclusiones. Análisis químicos y microscópicos centrados en una olla del primer momento de ocupación, 500-550 d.C., así como en un fragmento de olla de la última fase de ocupación, 750-850 d.C., obtenidas del mismo espacio dentro de La Planicie, revelan una clara consistencia en técnicas de manufactura, composición de la pasta y naturaleza de las inclusiones (Fernandini 2015). Mientras que dos fragmentos de olla son una muestra bastante limitada que nos brinda un resultado tan solo preliminar, son interesantes las similitudes registradas en piezas separadas por aproximadamente 300 años. Mayores investigaciones revelarán si esta consistencia en pasta, inclusiones y técnicas de manufactura es recurrente en otras ollas. De ser el caso, esta consistencia podría indicar un sistema de producción organizado, por lo menos al nivel de un complejo residencial, tal como se ha revelado para las piezas cerámicas de pasta más fina (Fernandini *et al.* 2018). El hecho de encontrar estandarización en la producción de ollas es atípico cuando se compara con investigaciones centradas en contextos domésticos estudiados en otras zonas como el altiplano (Stanish 1992), el Norte Chico (Ikehara 2008) y la zona de Nasca (Vaughn 2009), aunque en contextos etnográficos este parece ser un hecho más generalizado (Ramón y Bell 2013).

Propongo que producir una olla de cocina en Cerro de Oro debió seguir una serie de pasos pre-establecidos que aparentemente fueron sostenidos a lo largo del tiempo. Estos pasos incluyeron obtener la arcilla, la cual según estudios arqueométricos fue obtenida de fuentes cercanas al sitio (Fernandini 2015, Fernandini *et al.* 2018). Luego esta arcilla debió ser procesada y preparada mediante la adición de inclusiones que otorguen resistencia a la vasija para el uso diario. Estas inclusiones fueron principalmente piedritas pequeñas y fragmentos de concha que fueron adicionadas para representar el 50% de la pasta. Una vez que la olla estuvo lista, esta fue llevada a La Quebrada, o posiblemente almacenada en La Planicie en espacios similares a la Zona Oeste. Una vez en uso, esta olla pudo haber sido utilizada para hervir, sancochar, cocinar, o freír diferentes productos y transformarlos en comidas. Mientras que quiebres pequeños en la vasija fueron recurrentemente parchados creando dos pequeños hoyos y uniendo las dos piezas con hilos gruesos o soguillas, si el quiebre era irreparable, los restos de la vasija eran descartados en alguno de los lugares de descarte previamente designados dentro de La Quebrada.

En base a análisis contextuales y cerámicos, parece ser que los contextos excavados en La Quebrada fueron utilizados principalmente para procesar, cocinar y descartar elementos; mientras que los contextos excavados en La Planicie se encuentran asociados a contextos de almacenaje, consumo diario y ceremonial, y descarte puntual. En este sentido, mientras que las ollas para cocinar predominan en los contextos excavados en La Quebrada, los cuencos de paredes carenadas y base anular, denominados como cuencos Cerro de Oro, o cuencos CDO (Fig. 5), por su ubicuidad dentro del sitio, han sido registrados por igual en La Quebrada como en La Planicie. En la gran mayoría de los casos estos cuencos presentan decoración en sus paredes externas. El análisis estilístico realizado ha demostrado que esta decoración es sensible a los cambios entre fase y fase a lo largo del tiempo, por lo que esta vasija es un elemento cronológicamente diagnóstico que ha sido utilizado de la mano del análisis estratigráfico.

El origen de la forma de estos cuencos parece preceder a Cerro de Oro, ya que Stumer (1971) propone que el origen de esta forma de cuenco se encuentra en la cerámica registrada para comienzos del Intermedio Temprano (c. 300 d.C.) en sitios del valle bajo de Cañete, particularmente en el sitio La Quebrada, ubicado a 3,5 kilómetros de Cerro de Oro. En este sentido, Stumer hace una relación directa entre el cuenco CDO y un cuenco recurrente en la fase Quebrada 2 registrado en el sitio arqueológico La Quebrada (Stumer 1971).

Regresando a Cerro de Oro y a sus vasijas, las investigaciones de las primeras fases en el sitio demuestran que el grupo que pobló el promontorio entre los años 500-600 d.C., trajo consigo una manera de hacer cerámica. La manera de hacer el cuenco CDO parece haber venido con ellos. Por otro lado, el hecho de vivir en un nuevo sitio debe haber cambiado algunas partes del proceso de

Figura 4. Estructura para cocinar denominada como «pachamanquera» (Foto: Proyecto Arqueológico Cerro de Oro).



Figura 5. Cuenco Cerro de Oro (Fotografía utilizada con autorización de Rommel Ángeles)



producción. Por ejemplo, los análisis de pasta revelan el uso recurrente de fuentes de arcilla cercanas al sitio, por lo que es posible que, tras la mudanza, los alfareros hayan optado por explorar fuentes más cercanas. Al igual que las ollas de cocina, la producción de estos cuencos también siguió un proceso de producción que incluyó obtención de arcilla, adición de inclusiones, en proporciones adecuadas para cuencos, la manufactura y quema. Sin embargo, una vez listas las vasijas, estos cuencos fueron utilizados en contextos mucho más variados que las ollas.

Los cuencos CDO han sido registrados en contextos de banquetes, como ofrendas conmemorativas al momento de sellar lugares de almacenaje, en depósitos, en sellos de clausura y en lugares de procesamiento de alimentos, entre otros posibles contextos. La forma del cuenco nos sugiere que fue utilizada para servir, comer e incluso tomar (Klarich 2010), mientras que las representaciones decorativas plasmadas en sus paredes revelan cambios constantes asociados a la introducción de conceptos decorativos foráneos. En este sentido, este cuenco parece haber jugado un rol importante y ubicuo dentro del repertorio cerámico y sus contextos de uso. Esta aparente importancia nos lleva a proponer que estos cuencos pudieron haber sido conceptualizados como objetos cargados (*objets chargés*) (Spyer 1998, Fernandini 2016). Es decir, objetos que tienen la capacidad de transmitir ciertas formas de significación de un contexto a otro. Estos significados se desprenden principalmente de las asociaciones que tienen la gente con la historia y origen de los objetos, con el potencial



Figura 6. Imagen de colador completo y fragmentos de coladores. (Foto: Proyecto Arqueológico Cerro de Oro).

que estos tienen para ser utilizados dentro de contextos particulares y en general de los vínculos que estos generan con distintas personas o grupos (Spyer 1998).

El colador (Fig. 6), es otra vasija que encaja dentro de esta conceptualización de una cosa que va más allá de su materialidad como objeto. Estas vasijas cónicas presentaron paredes delgadas cubiertas de hoyos muy pequeños. En algunos casos presentaron decoración geométrica o figurativa en la parte superior. La pasta de estas vasijas es muy fina y compacta, no presenta casi inclusiones. Los coladores son producidos casi exclusivamente en Cerro de Oro. A diferencia de los cuencos CDO, estos no fueron una vasija «histórica», ya que no existe registro de estos coladores en las primeras fases de ocupación del sitio ni en sitios pre Cerro de Oro en el valle de Cañete. Los coladores aparecen de manera puntual con la construcción de los complejos residenciales y monumentales (aproximadamente a partir del 600 d.C.) y se popularizan con la introducción de elementos foráneos dentro de las decoraciones (aproximadamente a partir del 700 d.C.).

Los coladores han llamado la atención del Proyecto Arqueológico Cerro de Oro desde que se iniciaron los trabajos en el sitio en el 2012. Mientras que su nombre tiene una connotación doméstica, sus paredes delgadas (3 milímetros), su pasta fina y su forma cónica revelan una vasija extremadamente frágil como para resistir actividad doméstica continua. Análisis microbotánicos han revelado la presencia de almidón en algunos de sus hoyos, en particular se ha podido identificar *Phaseolus lunatus* (pallar) y *Erythrina edulis* (pajuro) en dos coladores respectivamente. A pesar de la excelente preservación del sitio, el pajuro no había sido registrado con anterioridad en el sitio, posiblemente porque es un producto que crece en árboles propios de la zona norte de los Andes. Es importante recalcar que en la actualidad y desde épocas coloniales y posiblemente prehispánicas el pajuro ha sido utilizado para elaborar chicha, aunque es una tradición que se está perdiendo con el tiempo (Escamilo 2012).

En base a esta evidencia microbotánica, se propone que los coladores fueron utilizados para procesar frejoles o pallares. Sin embargo, debido a la delicadeza de sus paredes, esta preparación debió haber sido realizada con mucho cuidado. Es posible que estos hayan sido utilizados efectivamente como coladores para procesar los frejoles, obteniendo así la fibra interna y dejando fuera la piel de los frejoles. Este proceso no es particularmente complejo y pudo haber sido realizado de manera más eficiente con una vasija más resistente. El hecho de invertir tanto esfuerzo en producir una vasija delicada para procesar un alimento, nos lleva a pensar en la posibilidad de que este alimento, o brebaje, haya sido de particular importancia. En particular, la obtención del pajuro, un producto foráneo, también nos habla de la importancia de este preparado.

Asimismo, si regresamos a los contextos de La Planicie y La Quebrada, podemos ver que en los contextos de preparación de alimentos y descarte de La Quebrada la presencia de coladores es menor al 3% de la muestra, mientras que, en los contextos de almacenamiento y restos de posibles festines, los coladores representan cerca del 30% de la muestra. En este sentido, los coladores fueron vasijas finas, utilizadas para procesar alimentos con aparente carácter especial, que se almacenaron, utilizaron y descartaron en ambientes distintos a los de preparación de otros alimentos.

Amparándonos en la citada importancia de la preparación y consumo de chica en fiestas y banquetes, proponemos que el objetivo de los coladores puede haber sido la preparación de un alimento o brebaje que pudo haber estado en el centro de reuniones importantes, negociaciones o rituales (Bray 2003; Vaughn 2004; Vega Centeno 2007). Es así que la aparente inconsistencia entre la forma física de los coladores y su uso nos ayuda a recrear el lugar particular que tuvieron estas piezas dentro de su contexto cultural. Los coladores parecen haber tenido un significado particular, que estuvo asociado al hecho de ser y pertenecer a Cerro de Oro. Es decir que los coladores estuvieron insertos dentro de un *habitus* material, que combinó sus significados materiales e inmateriales dentro de un enredado mundo material (Meskell 2005).

Coincidiendo con la construcción de la nueva distribución espacial de Cerro de Oro hacia el año 600 d.C., se consolida el estilo cerámico Cerro de Oro (Menzel 1964). Inicialmente, este estilo se caracteriza por presentar principalmente el cuenco CDO, tazones, cántaros, platos, figurinas y ollas. En las paredes del cuenco CDO, los cántaros y algunos platos se observa una decoración principalmente geométrica que utiliza como color principal el amarillo-verdoso y el morado oscuro. Hacia el año 700 d.C., el repertorio cerámico experimenta la introducción de un nuevo repertorio decorativo que se caracteriza por figuras antropomorfas y zoomorfas, y que viene de la mano del incremento en el uso de coladores. La secuencia cronológica obtenida de La Planicie presenta claramente la aparición gradual de estos nuevos diseños. Esta secuencia se ve marcada por grandes quemadas asociadas a evidencias de festines. Uno de estos contextos marca la construcción del complejo residencial donde se encuentran ubicados los contextos Zona Oeste y Zona Este, mientras que una siguiente quemada marca la introducción de los diseños figurativos.

Los diseños incorporados son variados y presentan elementos de las tradiciones Nasca, Lima, Loro, Chakipampa, así como Capilla y Estrella (Fig. 7). Esta hibridización de elementos foráneos dentro de una tradición cerámica local nos sitúa dentro de un contexto cultural local que parece haber promulgado el intercambio y la interacción, más que una incorporación consciente de diseños asociados a una carga cultural e ideológica. En este sentido, la incorporación de estos diseños estaría revelando que Cerro de Oro se encontró situado dentro de un contexto cultural dinámico en el cual participó, sin perder su independencia. Es así que se propone un escenario que contrasta con argumentos que giran en torno a la adopción consciente de cambios cerámicos a raíz de transformaciones en el discurso político, para abogar por un escenario circunstancial que tiene en cuenta la naturaleza oportunista de las sociedades (Castillo *et al.* 2012), la inestabilidad de las estructuras políticas y la contingencia de los procesos sociales.

Para entender a la cerámica Cerro de Oro entonces, se debe entender que los alfareros y demás personas que influyen en la producción cerámica se encuentran insertos dentro de un proceso

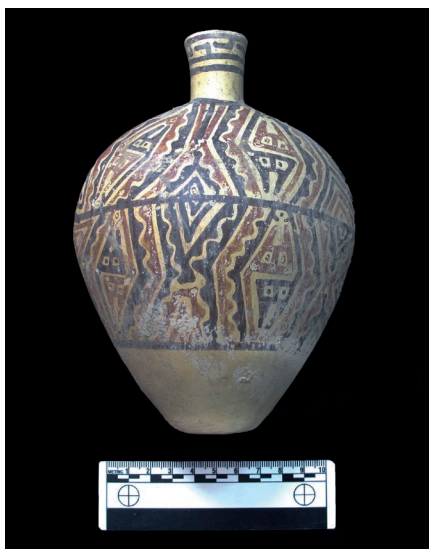


Figura 7a. Vista anterior cantimplora registrada en contexto funerario, que presenta decoración interlocking. (Foto: Proyecto Arqueológico Cerro de Oro).



Figura 7b. Vista posterior cantimplora registrada en contexto funerario, que presenta representaciones de frutos. (Foto: Proyecto Arqueológico Cerro de Oro).



Figura 7c. Vista superior cantimplora registrada en contexto funerario. (Foto: Proyecto Arqueológico Cerro de Oro).

dialéctico de formación, que se caracteriza por sus propias temporalidades, espacialidades y *sociabilidades*. Para seguir este proceso y sus contingencias se debe entender en su conjunto los procesos culturales que promovieron la hibridización (Dominguez 2002). Siguiendo a Van Dommelen (2011) se propone que los objetos híbridos, en este caso vasijas cerámicas que incorporan elementos decorativos de distintas tradiciones, deben ser entendidos como parte de un proceso de hibridización, y no como productos híbridos. Esta propuesta se enfoca en las acciones de los actores que participaron en los procesos y en los vínculos que generaron con los objetos. Es así que, al seguir los trazos materiales de las prácticas de producción, uno es capaz de entender los procesos de interacción social involucrados en la obtención de materias primas, tecnologías, ideas y cánones, que crearon artefactos híbridos.

Comprender introducciones foráneas dentro de contextos locales requiere estar situados dentro de su propio escenario «enredado», donde las interacciones se superponen a otras interacciones, delineando a cada cosa con su propia biografía cultural (Kopytoff 1986, Gosden 2004). Una vez que estos diseños fueron introducidos como parte del repertorio cerámico de Cerro de Oro, su biografía se entrelazó con las reformulaciones de su nuevo contexto, adquiriendo significados híbridos, que no pueden ser reducidos al origen de sus pastas o a los diseños foráneos que lo inspiraron.

Este ejemplo nos lleva al contexto regional dentro del cual se desarrolla Cerro de Oro. Como parte del período Horizonte Medio en la costa, Cerro de Oro, así como otros sitios, ha sido recurrentemente observado por investigadores desde el lente Wari (Menzel 1964). Para evitar esta parcialización, se propone utilizar una «perspectiva local» que se enfoque en las historias locales de los asentamientos, antes que en sus interacciones con sociedades más reconocidas como Nasca o Wari. Es así que a través del enfoque de los *enredos*, se enfatiza la maraña de hilos que vinculan a las personas con la producción de vasijas y uso de vasijas, y se evita reducir trayectorias locales a la presencia o ausencia de cerámica de filiación Wari o Nasca (Jennings 2010; Marcone 2010). A través de este enfoque uno puede observar que la presencia de diseños foráneos corresponde a procesos locales de negociación, donde la producción de objetos híbridos forma parte de una producción local, hecha por personas locales, con materias primas locales, que en esencia son incorporados como nuevas versiones de cosas locales.

En este sentido, la reformulación del repertorio cerámico a través de la amalgama de diseños foráneos con formas y diseños locales, presenta una nueva manera de hacer las cosas en Cerro de Oro. Este nuevo repertorio viene de la mano de la introducción de nuevas formas, como el colador, y el mantenimiento de formas «históricas» como el cuenco CDO y las ollas de cocina. Asimismo, estos cambios generan prácticas de remodelación internas asociadas a importantes banquetes que incluyen la preparación de importantes comidas o brebajes.

Finalmente, es momento de entrelazar las distintas cosas analizadas. Como parte de la estrategia de análisis se ha desarrollado la construcción del edificio más amplio de Cerro de Oro, la producción, manejo y consumo de maíz, y las distintas vasijas que componen el repertorio cerámico como «cosas» separadas. Sin embargo, estos elementos forman parte de un mismo proceso. Un proceso complejo mediante el cual se transforma un promontorio rocoso en un asentamiento urbano densamente poblado. En este sentido, la misma gente que construyó el edificio monumental, a su vez consumió maíz tanto en su día a día como en sus fiestas. Asimismo, estas mismas personas estuvieron involucradas en parte de la biografía de vida de las ollas, cuencos CDO y coladores descritos líneas arriba. Además, estos sucesos se dieron día tras día, enredando a cada uno de estos elementos en distintos escenarios. Conforme pasó el tiempo, estos enredos fueron generando mayores necesidades. Por ejemplo, el registro arqueológico indica que las reuniones o ceremonias parecen haber demandado de una cantidad importante de maíz, lo cual viene de la mano de ollas para cocinarlo, y cuencos para consumirlo. Asimismo, estas ceremonias parecen haber incluido, particularmente después del 700 d.C., el uso de coladores, que a su vez generaron la necesidad de importar pajuro. Si estas ceremonias son contextualizadas dentro del amplio espacio ceremonial provisto por el edificio

monumental, sería necesario contemplar el consumo de las miles de personas albergadas dentro de este espacio y su aprovisionamiento de maíz, pajuro, y sus respectivas ollas, cuencos y coladores.

A lo largo de esta discusión se ha seguido los hilos que van dejando las distintas cosas que componen Cerro de Oro, desde edificios monumentales, pasando por el rol del maíz, hasta la secuencia y cambios del repertorio cerámico. Se ha visto como todos estos elementos son variables dependiendo del contexto espacial y temporal, en todos los casos han generado nuevos procesos que no pueden ser desenredados de las prácticas que los generan y mantienen a lo largo del tiempo. Al seguir los enredos que van enredando a estas cosas Cerro de Oro, se dibuja una imagen más clara y dinámica de cómo fue la vida de las personas de Cerro de Oro. Una vida que incluyó la introducción, adaptación y uso de cosas viejas y nuevas, que en todos los casos vinieron con nuevos enredos.

5. Conclusiones

Este trabajo se ha enfocado en desarrollar una serie de conceptos interrelacionados que conciernen a las prácticas cotidianas, las personas y las cosas. Siguiendo los hilos de las prácticas materiales que produjeron y reprodujeron la vida social en Cerro de Oro, se ha puesto particular atención en como las personas y las cosas se enredan para reproducir categorías sociales particulares y significados situados y contextualizados. A lo largo del estudio, se ha priorizado entender a la sociedad Cerro de Oro como parte de un proceso histórico contingente que asume que las sociedades del pasado no tuvieron instituciones estables y efectivas que instauraron un poder asimétrico a largo plazo (Rick 2005).

En este sentido, se ha abogado por una perspectiva local que des-enfatice el rol de élites como coordinadores únicos de los eventos históricos, que tienden a ensombrecer el rol de las personas y sus prácticas (Berman 1998). En contraste, se ha dejado a las cosas hablar. Estas han hablado sobre la gente que las creó, de las otras cosas con las que se vincularon y de los procesos que generaron conforme se fueron enredando. Este enfoque en las cosas nos ha ayudado a observar las contingencias históricas de los procesos locales; desde edificios, a la comida hasta la cerámica; seguir a las cosas y sus enredos nos presenta con una visión multiescala de la vida. Este enfoque nos ayuda a identificar los microprocesos detrás de la génesis, uso y abandono de un asentamiento como Cerro de Oro.

De esta manera, entender la vida en Cerro de Oro nos ha llevado a seguir una serie de fibras donde las trayectorias locales, las circunstancias contingentes, las disposiciones temporales, y las características espaciales se enredan y amalgaman. Asimismo, para explorar estos enredos, el tiempo ha sido explorado en términos de las temporalidades de lo ordinario y lo extraordinario, el espacio en términos del espacio construido y el proceso de construcción, mientras que las cosas han sido conceptualizadas en términos de los enredos y traslapes que generan los procesos sociales.

Notas

1. El concepto del *entanglement* en la arqueología es introducido por Ian Hodder (2011) donde presenta el concepto como un aporte teórico y metodológico que explora las relaciones y dependencias que se generan entre humanos y cosas.
2. Las excavaciones fueron llevadas a cabo por el Proyecto Arqueológico Cerro de Oro entre los años 2012-2017.

REFERENCIAS

- Abbott, M. B., M. W. Binford, M. Brenner y K. R. Kelts
1997 A 3500 14C yr high-resolution record of water-level changes in Lake Titicaca, Bolivia/Peru, *Quaternary Research* 47, 169-180. <https://doi.org/10.1006/qres.1997.1881>
- Beresford-Jones, D. G., K. Johnson, A.G. Pullen, A.J. Pryor, J. Svoboda y M.K. Jones
2010 Burning wood or burning bone? A reconsideration of flotation evidence from Upper Palaeolithic (Gravettian) sites in the Moravian corridor, *Journal of Archaeological Science* 37(11), 2799-2811. <https://doi.org/10.1016/j.jas.2010.06.014>
- Binford, M., A. Kolata, M. Brenner, J. W. Janusek, M. Seddon, M. Abbott y J. Curtis
1997 Climate Variation and the Rise and Fall of an Andean Civilization, *Quaternary Research* 47(2), 235-248. <https://doi.org/10.1006/qres.1997.1882>
- Blom, D. y J. W. Janusek
2004 Making place: humans as dedications in Tiwanaku. *World Archaeology: The Object of Dedication* 36(1), 123-141. <https://doi.org/10.1080/0043824042000192623>
- Bray, T.
2007 *The Archaeology and Politics of Food and Feasting in Early States and Empires*. Springer Science & Business Media.
- Cerrón Palomino, R.
2010 Contactos y desplazamientos lingüísticos en los Andes centro-sureños: el puquina, el aimara y el quechua, *Boletín de Arqueología PUCP* 14, 255-282.
- Craig, A. K. e I. Shimada
1986 El Niño flood deposits at Batán Grande, northern Peru, *Geoarchaeology* 1, 29-38. <https://doi.org/10.1002/gea.3340010104>
- Dillehay, T. D.
2001 Town and country in late Moche times: a view from two northern valleys, en: J. Pillsbury (ed.), *Moche art and archaeology in ancient Peru*, 259-283, National Gallery of Art/Center for Advanced Study in the Visual Arts, New Haven.
- Dominguez, A.
2002 Greeks in Iberia: Colonialism without colonization, en: C.I. Lyons y J.K. Papadopoulos (eds.), *The archaeology of colonialism*, 65-95, Getty Research Institute, Santa Monica.
- Escamilo, S.
2012 El Pajuro (*Erythrina edulis*) alimento andino en extinción, *Investigaciones Sociales* 16(28), 16-20.
- Fernandini, F.
2008 Distribucion espacial en un complejo de elite en Tiwanaku: el caso de la Zona L, Letras y Ciencias Humanas, Pontificia Universidad Católica del Perú.
2015 Beyond The Empire: Living in Cerro de Oro. A dissertation submitted to the Department of Anthropology and the Committee of Graduate Studies of Stanford University in partial fulfilment of the requirements for the degree of doctor of philosophy.
2017 "Cerro de Oro and the year AD 600: Water management in the lower Cañete Valley". Paper presented at the 82nd Meeting of the Society for American Archaeology, Vancouver, Canada.
2018 Peopling the Cañete valley circa AD 600: A view from Cerro de Oro, *Nawpa Pacha* 38: 2, 135-156, <https://doi.org/10.1080/00776297.2018.1512196>
- Fernandini, F. y M. Ruales
2017 From the domestic to the formal: A View of Daily and Ceremonial Practices from Cerro de Oro during the Early Middle Horizon, en: S. Rosenfeld y S. Bautista (eds.), *Ritual Practice in the Andes*, University Press of Colorado.
- Fernandini, F., A. Trujillo y M. Mejía
2018 Caracterizando la cerámica de Cerro de Oro por espectroscopía Mössbauer, *Actas del III Congreso Nacional de Arqueología*, vol. II, 219-234.

- Flores, I.**
2013 *Los wari en Pucllana. La tumba de un sacerdote*, Ministerio de Cultura, Lima.
- Franco, R. y P. Paredes**
2000 El Templo Viejo de Pachacamac: Nuevos aportes al estudio del Horizonte Medio, *Boletín de Arqueología PUCP* 4, 607-630.
- Gosden, C.**
2004 *Archaeology and Colonialism*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Hackner, S., M.C. Lozada y V. Cardona**
2012 Us and Them: Molle and Maize Beer in the Prehistoric Andes. In Paper to be presented at the 76th Annual Meeting of the Society for American Archaeology Sacramento.
- Hodder, I.**
2012 *Entangled: An Archaeology of the Relationships Between Humans and Things*, Wiley-Blackwell, Sussex. <https://doi.org/10.1002/9781118241912>
- Ikehara, H.**
2008 Kushipampa: el final del Período Formativo en el valle de Nepeña, *Boletín de Arqueología PUCP* 12, 371-404.
- INDECI**
2008 Mapa de Peligros, Plan de Usos del Suelo ante Desastres y Medidas de Mitigación de San Vicente de Cañete, Imperial y Nuevo Imperial. Instituto Nacional de Defensa Civil del Perú.
- Jennings, J.**
2008 La Chichera y El Patrón: Chicha and the Energetics of Feasting in the Prehistoric Andes. *Archaeological Papers of The American Anthropological Association* 14(1), 241-259. <https://doi.org/10.1525/ap3a.2004.14.241>
2010 Introduction, en: J. Jennings (ed.), *In Beyond Wari Walls: regional perspectives on Middle Horizon Peru* 1-18, University of New Mexico Press, Albuquerque.
- Jennings, J. y B. Bowser**
2008 *Drink, Power, and Society in the Andes*, University Press of Florida, Gainesville.
- Kaulicke, P.**
1993 Evidencias paleoclimáticas en asentamientos del Alto Piura durante el Período Intermedio Temprano, *Bulletin de l'Institut français d'études andines* 22(1), 283-311, Lima.
- Klarich, E.A.**
2010 *Inside ancient kitchens: new directions in the study of daily meals and feasts*, University Press of Colorado, Boulder.
- Kopytoff, I.**
1986 The Cultural Biography of Things: Commoditization as Process, en: A. Appadurai (ed.), *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*, 64-01, Cambridge University Press, Nueva York. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511819582.004>
- Laguens, A.**
2014 Cosas, personas y espacio social en el estudio de la desigualdad social. La trama de las relaciones en una sociedad diferenciada en la región andina de Argentina. *ArqueoGazte: Revista de Arqueología* 4, 127-146.
- Laguens, A. y F. Pazzarelli**
2011 ¿Manufactura, uso y descarte? O acerca del entramado social de los objetos cerámicos. *Revista del Museo de Antropología*, IV, 113-126.
- Mac Kay, M. y R. Santa Cruz Gamarra**
2000 Las excavaciones del Proyecto Arqueológico Huaca 20 (1999 y 2001), *Boletín de Arqueología PUCP* 4, 583-595.

Magilligan, F. J. y P.S. Goldstein

2001 El Niño floods and culture change: a late Holocene flood history for the Rio Moquegua, southern Peru, *Geology* 29(5), 431-434. [https://doi.org/10.1130/0091-7613\(2001\)029<0431:ENOFAC>2.0.CO;2](https://doi.org/10.1130/0091-7613(2001)029<0431:ENOFAC>2.0.CO;2)

Marcone, G.

2010 What role did Wari play in the Lima political economy? The Peruvian Central Coast at the beginning of the Middle Horizon, en: J. Jennings (ed.), *Beyond Wari walls: exploring the nature of Middle Horizon Peru away from Wari centers*, 136-154, University of New Mexico Press, Albuquerque.

Mauricio, A.C.

2014 Ecodinámicas humanas en Huaca 20: reevaluando el impacto de El Niño a final del Período Intermedio Temprano, *Boletín de Arqueología PUCP* 18, 159-190.

McAnany, P.

1998 Ancestors and the Classic Maya Built Environment, en: S. Houston (ed.), *Function and Meaning in Classic Maya Architecture*, 271-298, Dumbarton Oaks, Washington, D.C.

Merleau-Ponty, M.

1962 *Phenomenology of Perception*, Routledge and Kegan Paul, Londres.

Menzel, D.

1964 Style and time in the Middle Horizon, *Ñawpa Pacha* 1,1-105. <https://doi.org/10.1179/naw.1964.2.1.001>

Meskel, L.

2005 *Archaeologies of Materiality*, Blackwell Press, Oxford. <https://doi.org/10.1002/9780470774052>

Mogrovejo, J. y K. Makowski

1999 Cajamarquilla y los mega Niños en el pasado prehispánico, *Íconos* 1, 46-57.

Mogrovejo, J. y R. Segura Llanos

2000 El Horizonte Medio en el Conjunto Arquitectónico Julio C. Tello de Cajamarquilla, *Boletín de Arqueología PUCP* 4,565-582.

Moseley, M., D.J. Nash, P. R. Williams, S. D. deFrance, A. Miranda y M. Ruales

2005 Burning down the brewery: Establishing and evacuating an ancient imperial colony at Cerro Baúl, Peru, *Proceedings of the National Academy of Science* 102(48), 17264-17271. <https://doi.org/10.1073/pnas.0508673102>

Moy, C., G. Seltzer, D. Rodbell y D. Anderson

2002 Variability of El Niño/Southern Oscillation activity at millennial timescales during the Holocene epoch, *Nature* 420, 162-165. <https://doi.org/10.1038/nature01194>

Olsen, B.

2010 *In Defense of Things: Archaeology and the Ontology of Objects*, Altamira Press, Walnut Creek.

Ramón, G. y M. Bell

2013 Re-placing plainware: Production and distribution of domestic pottery, and the narration of the pre-colonial past in the Peruvian Andes, *Journal of Anthropological Archaeology* 32, 595-613. <https://doi.org/10.1016/j.jaa.2013.09.005>

Rick, J.

2005 The evolution of authority and power at Chavín de Huántar, Peru, en: K. Vaughn, D. Ogburn y C. Conlee (eds.), *Foundations of Power in the Prehispanic Andes, Archaeological Papers of the American Anthropological Association* 14, 71-89. Arlington.

Ruales, M.

2001 Informe final del Proyecto de Investigación Arqueológico Cerro de Oro, informe entregado al Ministerio de Cultura del Perú, Lima.

Shimada, I., C.B. Schaaf, L.G. Thompson y E. Mosley-Thompson

1991 Cultural impacts of severe droughts in the prehistoric Andes: Application of a 1,500-year ice core precipitation record, *World Archaeology*, 22(3), 247-270. <https://doi.org/10.1080/00438243.1991.9980145>

Spyer, P.

1998 Introduction, en: P. Spyer (ed.), *Border fetishisms: Material objects in unstable spaces*, Psychology Press, Nueva York.

Stanish, C.

1992 *Ancient Andean political economy*, University of Texas Press, Austin.

Stumer, L.

1971 Informe preliminar sobre el recorrido del valle de Cañete, *Arqueología y Sociedad* 5, 23-35.

Thompson, L., E. Mosley-Thompson, J. Bolzan y B. Koci

1985 A 1500-year record of tropical precipitation in ice cores from the Quelccaya ice cap, Peru, *Science* 229, 971-973. <https://doi.org/10.1126/science.229.4717.971>

Van Dommelen, P.

2011 Postcolonial archaeologies between discourse and practice, *World Archaeology* 43(1), 1-6. <https://doi.org/10.1080/00438243.2011.544883>

Vaughn, K.

2004 Households, crafts, and feasting in the ancient Andes: the village context of early Nasca craft consumption, *Latin American Antiquity* 15(1), 61-88. <https://doi.org/10.2307/4141564>

2009 *The ancient Andean village. Marcaya in prehispanic Nasca*, University of Arizona Press, Tucson.

Vega-Centeno, R.

2007 Construction, labor organization, and feasting during the Late Archaic Period in the Central Andes, *Journal of Anthropological Archaeology* 26(2), 150-171. <https://doi.org/10.1016/j.jaa.2006.07.002>

Verano, J.

1995 Where do they rest? The treatment of human offerings and trophies in ancient Peru, en: T.D. Dillehay (ed.), *Tombs for the living: Andean mortuary practices*, 189-227, *Dumbarton Oaks Research Library and Collection*, Washington, D.C.

Recepción: julio 2018
Aceptación: setiembre 2018